

marcha; y en estos momentos, al alzar la mano derecha armada del catalejo para observar los trabajos de zapa de los granaderos, una bala de fusil lo hiere, destrozándole la mano y parte del antebrazo. Solo, y sin poder montar á caballo, avanza algunos pasos para ponerse al abrigo de un casucho que estaba cerca de allí.

La caballería enemiga divisaba entonces á las columnas en marcha, y temerariamente da una carga sable en mano. Los infantes, sorprendidos un momento por lo rudo y violento de la inesperada carga, retroceden hasta casi volver al punto de partida; pero sus jefes, comprendiendo las ventajas que pueden obtener de aquella imprudente carga, así como el peligro que corren de ser dispersados si no aprovechan el tiempo, ordenan la ocupación del caserío, á lo largo de la calle; y desde los patios, cercados y ventanas, rompen á su vez un mortífero fuego contra los dragones enemigos.

Estos huyen aturcidos, tomando distintas direcciones pues es penosa la retirada, por lo mismo que habían avanzado demasiado; y mientras unos penetraban á las trincheras, protegidos por los fuegos de sus defensores y los de las torres, otros, no encontrando quien los hostilizara en su retirada, intentan efectuarla regresándose por la calle del Relox, divididos en dos grupos, de los cuales uno contramarchó á la de la Candelaria, y el otro, prosiguiendo el camino tomado, fué á encontrar á Benavides á quien intentaron hacer prisionero los cuatro hombres que lo componían. Rodeáronlo al instante, aunque á distancia, porque aquél tenía su pistola amartillada en la mano izquierda.

En tan angustiosas como críticas circunstancias, aparece repentinamente el terrible y hercúleo Díaz Lagos, quien, á la vista del peligro que corría el General, se lanza fiero y desatinado contra el dragón más inmediato, y de una tremenda bofetada lo derriba del caballo, aturrido y ensangrentado, huyendo en seguida la cabalgadura: otro pone pies en polvosa, herido por Benavides, y el tercero, en fin, es desarzo-

nado por Díaz Lagos, quien le hace dar una voltereta al sacarlo de la silla por la pierna derecha: el dragón trata de defenderse, pero cae agonizante; el Jefe de la primera columna lo ha tendido de un pistoletazo; y levantando por el cuello al primero, que aún estaba aturrido, lo hace su prisionero, salvando así á Benavides, á quien acompañó hasta fuera del puente, poniéndolo en seguridad.<sup>1</sup>

El Capitán Rosso vigilaba los trabajos de sus granaderos desde el corredor de una casa situada frente á aquella cuyos muros horadaban.

Apenas había penetrado el último soldado tras la horadación hecha, cuando el galope de varios caballos le hizo saltar al medio de la calle, pistola en mano. Era el otro grupo de dragones que se retiraba en dirección á la trinchera inmediata. Al verlo solo, cargaron sobre él, y el más avanzado cayó muerto horriblemente destrozado el cráneo de un pistoletazo. Con la serenidad y sangre fría que lo caracterizaban, hábale hecho puntería, y el proyectil hirió allí mismo donde había apuntado. Uno de sus compañeros, avanzando de un salto de su caballo, le asestó tan terrible sablazo, que hiriéndolo en medio de la frente, lo cegó al caerle sobre los ojos

1 D. Pablo Díaz Lagos, natural de Tlacotalpam, era el encargado del Hotel de Porragas en aquella ciudad, al iniciarse la "Guerra de Tres años." Incorporado como sargento 1º á las compañías de Guardia Nacional cuando la costa envió su contingente de fuerza á Veracruz, pasó á pocos días como Subteniente al "2º Mixto," que se formó para guarnecer la fortaleza de Ulúa. Al terminar esta campaña ascendió á Teniente, y con tal carácter concurrió á la batalla de Calpulalpam, y después á la restauración del orden cuando Figuerero se pronunció en Perote, en la época de la Intervención. Capitán en el memorable sitio de Puebla en 1863, al término de éste obtuvo el grado de Comandante de batallón, según el decreto relativo del General en Jefe de aquel ejército, C. Jesús González Ortega. Prófugo en Orizaba, pasó á su tierra natal para continuar prestando sus servicios á las órdenes del General García, quien le dió el empleo de Teniente Coronel, después de la acción de Cosoleacaque. Ascendido por el Supremo Gobierno á Coronel, á la caída del Imperio, fué de los que concurrieron á la acción del cerro de la Bufa, donde murió valientemente, cumpliendo como leal servidor del Gobierno legítimo de la Nación.

una parte de la piel toda ensangrentada. Rosso vaciló cual si fuera á caer; pero fiero y airado, mientras con la mano izquierda se sujetaba, alzándola, la piel que le servía de venda, con la derecha repitió el disparo, y su heridor cayó á sus pies. Fué el último esfuerzo de aquel heroico oficial: un tercer enemigo le abrasó los riñones de un tiro de mosquetón.

El Teniente de la compañía, seguido de unos cuantos soldados, salió en estos momentos de la casa que ocupaban, atraído por las detonaciones de los disparos; y al ver caído á su Capitán, cayeron desatentados sobre los que quedaban en pie de sus matadores, y en pocos instantes quedaron hechos añicos, llevándose en seguida el cuerpo del desgraciado Rosso hasta entregarlo á la ambulancia.

Rosso sobrevivió aún dos horas, á cuyo tiempo espiró sin exhalar una queja, terminando á los veintisiete años de edad su carrera militar, toda llena de gloria. De una talla bien exigua por cierto, fué nombrado Capitán de granaderos, porque en la acción de Cosoleacaque probó que en aquel pequeño cuerpo todo era corazón.<sup>1</sup>

El resto de la caballería enemiga reentró á su línea de defensa, dejando sembradas de cadáveres las calles que tuvo que recorrer, é indudablemente fué la que más bajas tuvo duran-

<sup>1</sup> D. Manuel Rosso era originario de Veracruz: sus padres, naturales de New-Orleans, se dedicaban al humilde comercio de bizcochos, en cuyo negocio hicieron un pequeño capital. Habiendo terminado su instrucción primaria en una escuela municipal, se dedicó al oficio de sus padres, y cuando se inició la guerra de "Tres Años," perteneció á la compañía de cazadores del batallón Guardia Nacional, en clase de cabo, asistiendo á la defensa de la plaza de Veracruz hasta la última retirada de Miramón. Trasladada su familia á Minatitlán para establecer un hotel y restaurant, el joven Rosso marchó con ella, y se alistó en la Guardia Nacional de este pueblo, como tal cabo. Hizo toda la campaña de la costa hasta el asalto de Tlacotalpam, donde murió como queda dicho, y fué uno de los que cada ascenso lo debió á su valor. De una seriedad que rayaba en la exageración, poseía un valor que llegaba á la temeridad, pero siempre silencioso y serio, pues era hombre de muy pocas palabras, á quien rara vez se le vió reír.

te todo el ataque: y si el Jefe de la plaza no consiguió el objeto que se propuso al ordenar la carga, en cambio obtuvo otro de mayores consecuencias para la causa que defendía: la desorganización completa de nuestras columnas de ataque, que además quedaron encerradas en las casas donde se habían parapetado los soldados para contener al enemigo, inutilizando el concurso de nuestros ginetes que allá, bien á lo lejos, quedaron esperando la llegada de ellas para proteger la circunvalación de la ciudad.

## XI

La separación forzosa de Benavides, dejó acéfalo el mando superior de las tropas; y cuando dos horas después llegó García para hacerse cargo de él, podía asegurarse que el asalto había fracasado: se había perdido tiempo, y más que todo, oportunidad: además, el Mayor de órdenes, que lo era el Coronel Terán, se encontraba muy lejos del teatro de las operaciones, pues habiéndose embarcado en el "Aurora," en aquellos momentos se hallaba por el rumbo de "Conejo." García intentó reanudar el combate; pero al hacerlo, no sólo se olvidó del plan primitivo, sino que tampoco tuvo presentes las críticas circunstancias por las que pasaban los asaltantes, á causa de las emergencias ocurridas, ni las ventajas que estas mismas circunstancias habían dado al enemigo.

Envió á sus ayudantes con órdenes terminantes para continuar el avance, ocupando casa por casa hasta rebasar las trincheras y combatir dentro del terreno mismo que ocupaba el enemigo; y á la caballería que se replegara hacia el centro de operaciones: ordenó también á los granaderos de Zaragoza que prosiguieran las horadaciones, y á la reserva, que se acercara al centro para tenerla á la mano. El Cuartel general lo instaló en la "Tenería de Troncoso."

Todo esto era un disparate que sólo podía atribuirse al estado de excitación en que se encontraba: disparate que debía

tener por consecuencia precisa é inmediata, la pérdida de gente de una manera lastimosa é inútil.

Encerrados, confundidos, mezclados los soldados de las tres columnas, y aturridos con el rudo golpe que acababan de sufrir, era de todo punto imposible reformarlas violentamente, porque no tenían un campo propio para hacerlo, y menos una fuerza que les sirviera de apoyo: la reserva, única que estaba organizada, contenía los fuegos de la trinchera que hostilizaba á los granaderos en sus trabajos de horadación. Intentar reformar las columnas sobre las mismas calles que debían recorrer, equivalía á que las destruyeran totalmente antes de conseguirlo para recomenzar el ataque. Pero aun dado que esto hubiera sido factible, no pudiendo penetrar dentro del recinto enemigo, habrían sido fusiladas de frente, de flanco y por retaguardia: es decir, que habrían sido ejecutadas en masa sin poderse defender. Era más bien el momento oportuno para una retirada honrosa, á la vista del enemigo, que no la que se efectuó cuatro horas después, llenos de desaliento y desmoralizados, y quejosos del General en Jefe, así soldados como oficiales; al ver que sus esfuerzos y sus sacrificios habían sido estériles al bien de la causa que defendían.

Pero se trató de ejecutar valientemente las órdenes del superior.

A las once de la mañana se recomenzó el ataque. Las caballerías comenzaron á amagar constantemente á los soldados que cubrían las trincheras de las bocacalles, y los infantes, horadando muros aquí, salvando cercas y atravesando patios allá, se acercaron á los parapetos del Sur: los granaderos de "Zaragoza" habían llegado ya á más de la mitad del trayecto que debían recorrer, y la reserva misma, avanzando paso á paso, seguía amagando la trinchera principal.

La caballería enemiga intentó una segunda carga contra la reserva, bajo los fuegos de los dos obuses, que arrojaban granadas alternativamente, ya sobre nuestros dragones, ya sobre la reserva, pero no tuvo mejor éxito que la anterior, si no fué

el dejar en nuestro poder un alferez y seis hombres prisioneros, quienes al ser conducidos al campamento custodiados por un piquete de la Guardia Nacional de Tlacotalpam, y ya sobre el camino de los "Amates," se arrojaron violentamente al río, entre cuya impetuosa corriente fueron arrebatados: al tratar de respirar sacando la cabeza fuera del agua, fueron muertos á balazos por la misma escolta que los conducía.

El Teniente Coronel Ariza fué el primero en llegar á la casa que daba frente á la trinchera al Poniente de la Plaza de armas, y allí permaneció encerrado en espera de órdenes, tratando de abrir aspilleras en el muro para abrir sus fuegos sobre el enemigo: intenta reconocer el terreno saliendo al patio con dos ó tres soldados, y él y sus compañeros caen mortalmente heridos. Estaban dominados por los tiradores que, situados en la torre de la iglesia en construcción, apenas distaban medio tiro de pistola de sus adversarios. Herido Ariza en medio del pecho, sus soldados lo recogieron, regresando con él al interior de la casa, de donde no volvieron á salir sino para emprender la retirada.<sup>1</sup>

1 D. Manuel Ariza, miembro de una respetable familia de Orizaba, era carpintero de oficio, y sentó plaza de soldado en la última época del General Santa-Anna. A la caída de éste, y siendo ya oficial, militó en las filas reaccionarias, alcanzando sucesivamente los grados hasta Comandante de batallón. A consecuencia de la hecatombe de Atlixco se separó de la reacción, presentándose luego á la autoridad política del Cantón de Veracruz, residente en Jamapa, la cual lo envió al Coronel Lazcano. Este lo hizo marchar á San Andrés Tuxtla, en Cuartel, y como allí se hizo apreciar del Comandante militar, lo recomendó al Jefe principal, por disposición del cual marchó á incorporarse á la Sección Ligera que pernoctaba en el Cocuite. A la disolución de esta Sección pasó á Tlacotalpam, ingresando luego á la que mandaba el Teniente Coronel Carrión sobre Acayúcam. Después de la acción de Cosoleacaque ascendió á Teniente Coronel, y durante la administración de Vázquez Aldana desempeñó las funciones de Mayor de Ordenes de la línea de Sotavento, siendo nuevamente ascendido al grado de Coronel, después del asalto de Tlacotalpam. Al terminar la campaña contra el Imperio, fué llamado á la Capital de la República por el Ministerio de la Guerra para confiarle una importante comisión del servicio, la cual no llegó á cumplir por haber fallecido repentinamente horas antes de emprender la marcha á su destino.

Díaz Lagos y Larrañaga, con sus fuerzas, quedan también encerrados y reducidos á la impotencia: para batir al enemigo, tienen que salir por una sola puerta, dominada completamente por los defensores de la derecha de la misma trinchera, y por los tiradores que ocupan las bóvedas y torre de la Parroquia. Su valor se subleva, y lágrimas de rabia y de dolor se desprenden de sus ojos: sus soldados los ven con pena, y comprenden que están perdidos.<sup>1</sup>

## XII

Los granaderos de Zaragoza eran los mejor librados en sus operaciones: habían horadado el muro Norte de la Administración de Correos y salido á la calle para comenzar la del muro Sur de la casa de D. Ramón Carlín. Allí la calle hace una ligera curva que determina una pequeña entrante algo oblicua hacia el río. Los granaderos, con sus oficiales á la cabeza, comienzan su ruda faena, pues están cerca de terminar su obra, cuando una lluvia de balas, que partía de la acera opuesta, cae sobre ellos y los diezma.

1 D. Manuel Larrañaga, natural de la Capital de la República, perteneció en calidad de subalterno al ejército de Santa-Anna, en el Cuerpo que mandaba Zuloaga. Al ingresar este Jefe con sus fuerzas á las que mandaba el General Comonfort, durante la revolución de Ayutla, Larrañaga abrazó la causa del pueblo; y habiéndose quedado rezagado y solo en una marcha, fué alcanzado por las tropas de Márquez y fusilado en el acto. Las heridas que recibió no eran mortales, y como tuvieron que huir los asesinos porque ya en esos momentos se oía llegar la caballería del General Alvarez. Larrañaga pudo arrastrarse hasta un casucho lejano, cuyos moradores lo recogieron y cuidaron con tanto esmero, que escapó á la muerte: de ahí le vino el mote de "el resucitado." Más de una vez, en el baño, en Tlacotalpam, sus amigos pudieron verle las cicatrices de las cinco heridas que recibió en el pecho. Ingresó á las tropas que defendían la Costa, y se hizo querer de cuantos le conocían por su trato afable, caballeroso y cortés; y al terminar la campaña fué agraciado por el Gobierno Nacional con el grado de General de brigada. Tomó participio luego en los acontecimientos que terminaron con la acción del cerro de la Bufa, y se supone que allí murió pues desde entonces no ha vuelto á parecer.

El Jefe enemigo, atento á todo, había comprendido desde el principio el movimiento que se trataba de llevar á cabo, y al ordenar la suspensión de fuegos en toda la línea había hecho que penetrara una media compañía de misantecos, horadando también paredes, desde el fondo de la iglesia en construcción, para ocupar una casa de material á unos cincuenta metros frente de la bocacalle que forzosamente habían de ocupar los granaderos.

Los fuegos eran un tanto oblicuos, y caían de lleno sobre los asaltantes, de los cuales en vano acuden algunos al frente para proteger los trabajos de sus compañeros, contestando valerosamente los fuegos de sus contrarios: éstos permanecían cubiertos tras los muros, disparando á través de puertas y ventanas, que han aspillerado preventivamente, mientras que aquellos tenían por muralla sus propios pechos, y tiraban sin punto objetivo á que hacer puntería. En un momento quedaron muertos ó fuera de combate los tres oficiales que quedaban de la compañía, tres sargentos, cinco cabos y diez y siete hombres de la clase de tropa; y habrían perecido irremisiblemente los demás, si el Teniente Coronel Alvarez, con una compañía de la reserva, no hubiera corrido velozmente en su auxilio.

Como una exhalación, el arma al brazo y baja la cabeza, los soldados de esta compañía, con Alvarez y sus oficiales al frente, llegaron á la casa ocupada por los misantecos; y á fuerza de culatazos con los fusiles, y de empujones con pies y manos, en breves instantes derribaron las puertas, y sin disparar un tiro, á bayonetazos, hicieron desalojar aquel lugar de exterminio á los pocos de sus defensores que escaparon con vida.

Se posesionaron de la casa, y los granaderos recomenzaron sus obras de horadación.

Todo fué cuestión de un momento.

El obús que estaba en la trinchera inmediata á menos de cincuenta metros, auxiliado del otro que se hizo venir al mis-

mo lugar, rompió sus fuegos, disparando granadas sobre el techo para romperlo, en tanto que el otro, con proyectiles sólidos abría brecha en las paredes, llevando la muerte á los que dentro estaban. Bastaron unos cuantos minutos para que los techos se hundieran, cubriendo con sus ruinas á los soldados de "Zaragoza," y para que la metralla, penetrando por las brechas abiertas acabara aquella obra de destrucción.

Tan valientes soldados tuvieron que ceder y huir de aquella casa donde se moría con honor, pero sin gloria, dejando á muchísimos de sus compañeros, ya cadáveres, entre los cadáveres de sus enemigos, que antes alentaban odio y furor, y ahora compartían fraternalmente aquel suelo ensangrentado, como último lecho que la muerte había concedido á todos.

La compañía de granaderos, diezmada, reducida, desesperada y enfurecida sin embargo, cede á su vez y se retira, porque al penetrar dentro de la casa cuya ocupación tanta sangre costó, siente la rodada de los obuses que llegaban por la orilla del río para batirlos, y las pisadas de los dragones enemigos que ocupaban los patios de las casas contiguas. Era inútil proseguir la obra comenzada, máxime cuando apenas se oían tiros en toda la línea de los republicanos. Un sargento segundo que la mandaba ordenó la retirada.

Eran entonces las doce del día.

A esta hora, el General García, más que para pedir la entrega de la plaza, como lo solicitaron sus comisionados, para dar algún descanso á la tropa, pidió parlamento; y como no estaban menos fatigadas las del enemigo, el parlamento fué concedido, ajustándose una tregua de dos horas, durante cuyo tiempo, sin avanzar de los límites del terreno que cada una de las partes beligerantes ocupaba, podían andarlas libremente. Igual concesión se hizo á los habitantes comprendidos dentro de dichos límites.

Los soldados imperialistas tomaron rancho, pero los republicanos no pudieron hacer otro tanto, porque no se ha-

bía preparado, en la convicción de que lo tomarían dentro de la plaza; y era de verse la solicitud y afán con que el vecindario, sin distinción de sexos ni clases, compartían con estos valientes, que apenas habían tomado alimento antes de las cinco de la mañana, las pobres y escasas viandas de que podían disponer.

Durante este intervalo de tiempo, fueron también retirados nuestros muertos y heridos, conduciéndolos al campamento de los "Amates," donde estaba establecido el hospital de sangre, y donde reinaba la mayor desolación por el mal éxito obtenido, después de tantas y tan halagadoras esperanzas como se habían abrigado, y por la necesaria retirada que se presentía.

Las compañías de Guardia Nacional, del todo decepcionadas, y menos familiarizadas con la disciplina militar, comenzaron á abandonar sus puestos, y sus gentes tomaban paulatinamente el camino de salida, dirigiéndose hacia el "Puente García."

A las dos de la tarde se rompieron de nuevo los fuegos, pero flojos, de mala gana, por una y otra parte: los republicanos, como los imperialistas, comprendieron que la jornada había terminado durante la tregua, y que aquellos fuegos eran sólo el medio de cubrir el honor de sus banderas.

Los primeros no volvieron á intentar el asalto, es cierto; pero tampoco los segundos emprendieron un ataque sobre la línea; tanto porque eran inferiores en número para aventurar una acción en campo abierto, cuanto porque nuestra caballería, superior en calidad, estaba intacta y deseosa de combatir.

A las cinco se apagaron del todo los fuegos en ambas líneas, y comenzó la retirada de los republicanos sin ser hostilizados por parte del enemigo, cuyo Jefe, antiguo defensor de la bandera que ahora combatía, conocía el respeto que se debe á un enemigo valiente y desgraciado.

Las destrozadas columnas llegaron sucesivamente al cam-

po de los "Amates," prosiguiendo luego hasta "San Jerónimo," donde ya se les había preparado un buen rancho; y después de descansar toda la noche, marcharon al siguiente día para Amatlán, declarado por tercera vez Cuartel general de los republicanos.

### XIII

Tal fué el memorable asalto á Tlacotalpam el día 10 de Agosto de 1866 por los defensores de la República. Costó á la Nación tres oficiales superiores heridos, y cinco subalternos muertos, y más de ciento cincuenta hombres de la clase de tropa entre muertos y heridos, la mayor parte de los primeros, siendo muy inferior el número de bajas que tuvo el enemigo, en su mayor parte de la caballería.

Y era natural.

Reducido á un corto perímetro de defensa, contando con más y mejores elementos para batir á nuestras tropas, si el número de éstas era superior, los defensores de la plaza estaban al abrigo de trincheras demasiado fuertes, contra las cuales no se disponía de un solo cañón para batirlas. Nuestro tiro era incierto porque se disparaba sobre un plano que hacía accidentado la altura de las trincheras, en tanto que el enemigo, bien cubierto, tiraba sobre soldados cuyo muro era su propio pecho: nada tenían que los amparara, ni alturas para contrarrestar los fuegos de los tiradores imperialistas, cuyo campo de defensa, rodeado de torres y bóvedas, á la vez que los protegían hacían más eficaz el tiro.

No hay que extrañar, pues, el mal éxito obtenido, dadas las condiciones materiales de cada una de las fuerzas beligerantes, y las emergencias que surgieron desde el principio del ataque; pero esto en nada rebajó la bravura y decisión, bien experimentadas, de los asaltantes.

### XIV

Cuatro días después el Coronel Camacho, comprendiendo lo crítico de su situación toda vez que ya no podía contar con las cañoneras que le guardaran el río, ni le condujeran víveres y refuerzos, ó quizás por órdenes que le llevarían la "Tempette," la "Foudre" y la "Tonnerre," llegadas en la tarde del día 12, propuso la entrega de la plaza. García aceptó, como era natural, la proposición, y tres comisionados ajustaron las bases para la entrega, que se verificó sin accidente alguno, veinticuatro horas después. Las bases se redujeron á que la plaza la recibirían los mismos comisionados,<sup>1</sup> y que las tropas republicanas no la ocuparían hasta haberse reembarcado los imperialistas. El enemigo quiso llevarse sus heridos en los buques de guerra, y entonces surgió una dificultad que no había podido preverse.

El antiguo campamento de "Conejo," aunque en muy distintas condiciones, permanecía ocupado por un pequeño destacamento, al mando del valiente Capitán D. J. Ramos, conocido vulgarmente por "el mocho Ramos," no porque jamás hubiera militado en las filas de la reacción, sino á causa de faltarle un pedazo pequeño de la oreja izquierda. Este oficial, tenaz y constante, no perdía ocasión de hostilizar á las cañoneras siempre que pasaban al alcance de los tiros de sus compañeros, pero había permanecido ajeno á las operaciones sobre la plaza el día 10, y á los convenios que se celebraban para entregarla. Al remontar el río el día 12 los buques de guerra, los molestó bastante, hiriendo al timonel, y por esta razón el Comandante de la escuadrilla manifestó en la Junta sus temores, bien fundados, de que Ramos hiciera lo mismo

<sup>1</sup> Fueron estos comisionados el Coronel D. Luis Mier y Terán, el que esto escribe y D. Albino Carballo Ortegat, y por parte de la plaza, el mismo Coronel Camacho y el Dr. D. J. Jofre, que funcionaba como Jefe del Cuerpo Médico Militar.

al regresar, lo cual era un peligro para los heridos y enfermos, que irían sobre cubierta. El Coronel Camacho propuso que se le hiciera saber lo pactado, y así lo hizo el Coronel Terán, enviándole inmediatamente un correo; pero aquél contestó: "que él no había entrado en transacciones con el enemigo, pero que por respeto á los enfermos, si el Comandante de los buques ponía bandera de parlamento al pasar, aquellos serían respetados y no los hostilizaría, dejándolos pasar libremente."

El Comandante francés rehusó al principio, pero apremiado por las circunstancias, y urgido por el tiempo que ya era corto para llegar en el día á Veracruz, sucumbió al fin; y cuando las cañoneras enfrentaron á "Conejo," todas izaron en el tope del palo mayor, la bandera blanca de parlamento.

La ocupación de la plaza por los republicanos se hizo sin ostentación alguna, y las tropas, dentro de los justos límites, de la más completa alegría, celebraron su entrada, sin dar el más leve motivo de queja.

En esta vez no hubo ejecuciones sangrientas que opacaran el contento de las familias. Dos horas después de la ocupación todo marchaba con la regularidad debida, señalando su triunfo el General García con la orden que dió para que se pagara, previa justificación, el valor de las casas incendiadas durante el reconocimiento del día 8.

Dos días después partió para el rumbo Norte de Veracruz el Coronel Terán, á fin de abrir la campaña contra la guarnición del puerto luego que la emprendiera por su parte el General García, y algún tiempo más adelante llegó el General Alatorre para ponerse de acuerdo con éste en lo relativo á la que él había emprendido en la costa de Barlovento.

Por este tiempo llegó á Minatitlán un buque conduciendo armamento para el General Díaz, y al Lic. D. Justo Benítez, que llegaba par reunírsele: el Coronel D. Lorenzo Pérez Castro, comisionado para recibirlo lo hizo conducir hasta Tux-

tepec, siendo testigos de la entrega los Generales D. Pedro Baranda, D. Rafael Benavides y D. Rafael Junguito.

También llegaron por entonces á Tlacotalpam los Sres. D. Ramón Vicente Vela, D. Cayetano Buzón, D. Rafael de Zayas, y D. José María Melgar, quienes siendo tenidos por sospechosos en Veracruz, fueron enviados en calidad de presos políticos á Yucatán, en un pailebot mercante al mando del segundo Teniente de la armada imperial D. Juan Díaz, y escoltados por diez soldados de infantería que mandaba el Capitán D. Antonio Pérez Ucha. Luego que estuvieron fuera de la vista del puerto, los prisioneros, de acuerdo con el patrón del pailebot, y con la tripulación, se echaron sobre la escolta y oficiales, reduciéndolos á prisión en la bodega, y el patrón, recobrando el mando, hizo rumbo á Alvarado para llegar á Tlacotalpam y ponerse á las órdenes del Gobierno legal de la Nación. En Alvarado, que acababa de ser desocupado por el enemigo, quedaron Díaz y sus compañeros, habiéndose fugado D. Manuel Díaz Mirón, que también iba entre los prisioneros, quien al saltar en tierra, fué reducido á prisión por pesar sobre él una ley expedida en 1863 á causa de los acontecimientos que promovió dando lugar á que Jalapa fuera ocupado por el invasor.

El Teniente Coronel Zamudio, de regreso de una expedición que hizo á Acayúcam, donde había asomado la cabeza la hidra de la revolución, marchó á hacerse cargo de la Comandancia militar de Alvarado, para preparar lo necesario á fin de que se estableciera allí el Cuartel general de las tropas que en breve deberían reunirse para abrir la campaña sobre Veracruz.

Con él marchó también el Jefe de Hacienda Bárcena, á quien por orden superior se hizo salir desterrado de la costa de Sotavento, concediéndosele que permaneciera en Alvarado por resistirse á vivir en país ocupado por el enemigo.

El Coronel Gómez, nombrado Jefe de las caballerías, y teniendo como segundo al Teniente Coronel Jiménez, salió